

## Liderazgo populista<sup>1</sup>

### Populist leadership

*Carlos de la Torre<sup>2</sup>*  
*Universidad de Florida*

#### Resumen

Este trabajo reconstruye la forma en la que distintos enfoques del populismo analizan el liderazgo. Tras el mapeo de estos debates, el artículo reconstruye el concepto de liderazgo carismático de Max Weber para dar sentido a cómo las pasiones, las emociones y los intereses están conectados en el populismo. Se distingue a los populistas de otras formas de liderazgos en las actuales democracias de audiencia, donde las personalidades son más importantes que las plataformas partidistas. Utiliza ejemplos de las Américas y de Europa; el artículo distingue entre populismos de derecha y de izquierda, y diferencia el populismo como movimiento y partidos que desafían al poder, el populismo en el poder, y los regímenes populistas.

**Palabras clave:** populismo, liderazgo carismático, democracia de audiencias, autoritarismo.

#### Abstract

This paper reconstructs how different approaches to populism consider the role of the leader. After mapping these debates, the paper reconstructs Max Weber's concept of charismatic leadership to make sense of how passions, emotions, and interests are connected in populism. It distinguishes populists from other forms of leadership in today's audience democracies, where personalities are more important than partisan platforms. Using examples from the Americas and Europe, the article distinguishes between right-wing and left-wing populisms, and differentiates populism as a movement and parties challenging power, populism in power, and populist regimes.

**Keywords:** populism, charismatic leadership, audience democracy, authoritarianism.

---

<sup>1</sup> La presente versión es una traducción del texto "Populist Leadership" que será publicado en Oscar Mazzoleni y Carlos de la Torre (Eds.), *Populism as a Challenge to Key Concepts in Social and Political Sciences*, Leiden: Brill Press. La traducción fue realizada por José Zurita Tapia.

<sup>2</sup> Versiones previas fueron presentadas en el XXXIX Congreso Internacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (International Congress of the Latin American Studies Association), 26-29 de mayo de 2021, y en el Taller Internacional "Populismo como un desafío a los conceptos claves de la teoría política y social" de la Universidad de Lausanne, 5-6 de noviembre de 2021. Agradezco a Annika Werner, Laurent Berhard, Oscar Mazzoleni, y los participantes de estas reuniones por sus comentarios y sugerencias. Carlos de la Torre, University of Florida, delatorre.carlos@latam.ufl.edu.

Desde que Gino Germani escribió su comparación pionera entre el peronismo y el fascismo en la década de 1950, la pregunta del liderazgo se ha mantenido en la palestra de la investigación sobre el populismo. En línea con los trabajos de sociólogos clásicos como Max Weber y Emile Durkheim, al igual que con sus contemporáneos como Talcott Parsons, Germani (1971) se centró en las causas socioeconómicas del populismo, en las dislocaciones de la modernización que producían masas en estado de anomia, y en el liderazgo carismático. Los críticos cuestionaron su visión de los seguidores como masas irracionales y utilizaron el marxismo para centrarse en las alianzas de clase del populismo (Murmis y Portantiero, 1971). Una nueva generación se basó en los primeros trabajos de Laclau (1977) para analizar el discurso de los líderes populistas (Braun, 1985; de la Torre, 1993). En su mayoría, estos estudios se centraron en América Latina y estuvieron en manos de historiadores o científicos sociales de orientación histórica.

El surgimiento de los partidos populistas de derecha en Europa en los años 80 y el renacimiento del populismo de derecha e izquierda en América Latina a principios del siglo XXI atrajeron la atención de un creciente número de politólogos, estudiosos de la comunicación y sociólogos. Dependiendo de su enfoque geográfico y sus orientaciones epistemológicas, los académicos se basaron en las teorías de la autonomía relativa de la política (Weyland, 2001), la teoría de la ideología de Freedman (Mudde, 2004), el deconstruccionismo (Laclau, 2005) y las teorías del performance (Ostiguy, 2017; Moffit, 2016). Tras el trumpismo y la constatación de que algunas de las mayores democracias, como India, Brasil, Estados Unidos y Filipinas, estaban en manos del populismo, existió una proliferación de libros y artículos académicos sobre este tema de investigación y teorización, que hasta ese momento había sido marginal.

Pese al aumento en el número de publicaciones, no existe acuerdo sobre una definición ni sobre el rol del liderazgo en el populismo. El presente artículo reconstruye la forma en la que distintos enfoques consideran el papel del líder. Tras el mapeo de estos debates, este trabajo puntualiza el concepto de liderazgo carismático de Weber para dar sentido a cómo las pasiones, las emociones y los intereses están conectados con el populismo. Adicionalmente, distingue a los populistas de otras formas de liderazgos en las actuales democracias de audiencia, donde las personalidades son más importantes que las plataformas partidistas. El artículo distingue entre populismos de derecha y de izquierda, utiliza ejemplos tanto de América como de Europa, y diferencia el populismo como movimiento y partidos que desafían al poder, el populismo en el poder y los regímenes populistas.

Asimismo, en este texto se estudia al populismo como una gradación basada en los performances y el discurso. También, distingue a los populistas suaves de los radicales. Los primeros, al igual que otros líderes en las democracias de audiencia que anteponen las personalidades a las plataformas, utilizan ocasionalmente discursos y estilos populistas. Por otra parte, los populistas radicales politizan todas las interacciones sociales como la confrontación entre bandos antagónicos y son considerados usando la definición de George MacGregor Burns (1978, p. 37), líderes transformacionales que “elevan el nivel de la conducta humana y la aspiración ética tanto del líder como de los dirigidos, por lo que tiene un efecto transformador en ambos”. Mientras que los populistas suaves aceptan las reglas y normas del juego democrático constitucional, los populistas radicales tienen misiones que no pueden ser limitadas por instituciones, procedimientos o normas que ellos consideran que protegen el poder de las élites. Es por lo que, cuando llegan al poder chocan con el tejido institucional de la democracia constitucional, con los medios de comunicación privados, así como con las instituciones de la sociedad civil, que pretenden regular. Instituciones que funcionen bien, esferas públicas fuertes y movimientos sociales autónomos podrían frenar aquellos proyectos populistas de cambio de régimen. Sin

embargo, cuando el marco institucional de la democracia está en crisis y los ciudadanos no confían en los partidos, el Congreso, los juzgados y los medios de comunicación, los populistas en el poder podrían intentar provocar un cambio de régimen transformando constituciones, normas electorales y promoviendo leyes para supervisar y regular a los medios de comunicación, las universidades, movimientos sociales y organizaciones no gubernamentales.

### **¿Es el líder central para el populismo?**

Los primeros estudios sobre el populismo estuvieron influenciados por las interpretaciones del fascismo. Hans Gerth (1940, p. 418), por ejemplo, describió el carisma personal de Hitler en los siguientes términos: “no sigue las reglas existentes, sino que crea otras nuevas. Es un revolucionario que no acepta el orden existente, sino que establece un orden propio. Su autoridad no es una autoridad delegada, sino que proviene de sí mismo”. A diferencia de Gerth, Talcott Parsons se interesó más por las condiciones sociales que producen los movimientos carismáticos. Combinó la teoría de la racionalización de Weber con la noción de anomia de Durkheim y argumentó que el cambio social rápido hace que sea particularmente difícil que un gran número de personas tengan rutinas y modos de orientación suficientemente fijos. “El acompañamiento de esto es a su vez la ‘inseguridad’ psicológica generalizada y la ansiedad. Los movimientos carismáticos de diversa índole parecen funcionar en esta situación como mecanismos de ‘reintegración’ que dan a un gran número de personas desorganizadas e inseguras una orientación definida, dándoles ‘sentido’ a sus vidas” (Parsons, 1942a, p. 76). Los movimientos fascistas, argumentaba, involucraban a un gran número de personas comunes “imbuidas con un elevado celo emocional, a menudo fanático, por una causa. Aunque su principal orientación es política, tiene muchas características en común con los grandes movimientos religiosos de la historia” (1942b, p. 138).

Parsons redujo lo sociopsicológico a las reacciones patológicas e irracionales al estrés provocado por el cambio social abrupto. Escribió que “es una generalización bien establecida en las ciencias sociales que ni los individuos ni las sociedades pueden sufrir grandes cambios estructurales sin la probabilidad de producir un elemento considerable de comportamiento ‘irracional’” (Parsons, 1955, p. 127). Las respuestas esperadas al estrés producido por las grandes transformaciones estructurales eran la ansiedad, la agresividad centrada en lo que se consideraba la fuente de tensión, y el deseo de restablecer una fantasía en la que todo estará bien, preferiblemente a como era antes de la situación perturbadora.

Parsons consideraba a los seguidores como masas irracionales, sin forma e inestables. Desarrolló oposiciones binarias como organización-desorganización, racional-irracional y normal-patológico. Gino Germani (1971, 1978) se basó en la teoría parsoniana de la modernización para comparar el fascismo y el nacional-populismo en sociedades que experimentan transiciones abruptas hacia la modernidad. Sostuvo que los procesos rápidos de modernización, como la urbanización y la industrialización, produjeron masas en un estado de anomia que quedaron disponibles para la movilización desde arriba. Sostenía que la base social del peronismo fue la nueva clase obrera, formada por nuevos migrantes que no habían sido socializados en la cultura de la clase obrera, y que por lo tanto podrían ser movilizados desde arriba por un líder carismático. Germani interpretó el nacional-populismo como una fase de la transición a la modernidad que incorporaba a los excluidos y les daba un sentido de participación en movimientos autoritarios heterónomos controlados desde arriba.

A diferencia de las teorías de ruptura que se centran en los procesos de cambio social, los conceptos político-estratégicos centran su atención en la estrategia y la acción (Barr, 2019, p. 45). Kurt Weyland siguió a los teóricos que defendían la relativa autonomía de la política respecto a la economía y la sociedad. Definió el populismo “como una estrategia política a través de la cual un líder personalista busca o ejerce el poder gubernamental basándose en el apoyo directo, no mediado y no institucionalizado de un gran número de seguidores, en su mayoría no organizados” (2021, p. 14). En un artículo posterior escribió que “el predominio de un líder poderoso es la piedra angular del populismo” (Weyland, 2017, p. 56). El principal objetivo de los líderes populistas es llegar y mantenerse en el poder. De ahí, que sean más pragmáticos que ideológicos.

En tanto que Weyland se centra en la acción estratégica, las definiciones del populismo como estilo político hacen hincapié en sus dimensiones dramáticas. El populismo, sostiene, es un estilo de hacer política basado en actuaciones que “hacen alarde de lo bajo” (Ostiguy, 2017). Si las élites se apropian de lo alto considerado como buenos modales —refinados, gustos y estilos sofisticados, discursos tecnocráticos y racionales— los populistas utilizan palabras y actuaciones que chocan a las élites por ser vulgares, desagradables, y las que creen usan los de abajo. Moffit (2016, p. 51-52) sostiene que los líderes “deberían ser nuestro principal foco de atención al estudiar el fenómeno, dado que son las figuras que, en última instancia, ‘hacen’ populismo”.

El enfoque ideacional no considera que el papel del líder sea un atributo definitorio clave del populismo. Mudde (2004, p. 543) lo definió como: “una ideología que considera que la sociedad está separada en última instancia en dos grupos homogéneos y antagónicos, ‘el pueblo puro’ frente a ‘la élite corrupta’, y que defiende que la política debe ser una expresión de la voluntad générale (voluntad general) del pueblo”. Mudde y Rovira-Kaltwasser (2012, p. 8-9) escribieron que “el populismo es en esencia una forma de política moral, ya que la distinción entre ‘la élite’ y ‘el pueblo’ es ante todo moral (puro frente a corrupto), no situacional (posición de poder), sociocultural (etnia, religión), o socioeconómico (clase)”. Si el populismo es un conjunto de ideas sobre la política abarca los partidos políticos y a los movimientos sociales tales como los Indignados en España que no tenían líderes.

Ernesto Laclau (2005) ve al populismo como una gradación. En lugar de analizar el contenido de su ideología, sus políticas públicas o su base de clase, se centra en su lógica formal. Sostiene que el populismo es una lógica de articulación que pretende romper los sistemas institucionales existentes, construye enemigos y reduce los conflictos políticos y sociales a la confrontación entre dos campos antagónicos. El populismo crea fuertes identidades del pueblo construyéndolo como antagonista de una serie de enemigos. El líder populista, según Laclau: engloba “una multiplicidad de significados concretos y muy diferentes, no necesariamente coherentes entre sí desde el punto de vista de la lógica teórica, sino derivados de juegos de oposiciones, histórica y contextualmente situados” (Ostiguy y Moffit, 2021, p. 55).

Dado que los debates conceptuales sobre el papel del líder en el populismo podrían no estar resueltos, es más fructífero centrarse en él como una práctica distinta, como algo que se hace, especialmente cuando los líderes llegan al poder e intentan crear regímenes. A continuación, se ofrece una definición del populismo como conjunto de prácticas.

## **Creando enemigos**

Los populistas no se enfrentan a rivales políticos con los que se puede estar en desacuerdo, se enfrentan a enemigos existenciales. A diferencia de los fascistas que eliminan físicamente a sus enemigos, los populistas no los matan. Cuando buscan el poder, su antagonista es, a grandes rasgos, el establishment (Urbinati, 2019). Una vez en el poder, sus enemigos se convierten en las élites políticas, económicas y culturales que supuestamente tienen el poder real.

Los populistas difieren en cuanto a quiénes construyen como sus enemigos (de la Torre, 2019, p. 9-12). Los populistas de derecha suelen enfrentarse a dos tipos de enemigos: las élites cosmopolitas, arriba, y los dependientes de color, abajo. Argumentos racistas se utilizan para presentar a poblaciones enteras no solo como inferiores, sino como inherentemente diferentes e inasimilables a la cultura dominante. Si la derecha politizó los temores al peligro de contaminación de la cultura, la religión y la raza, la izquierda se centra en los resentimientos producidos por las exclusiones socioeconómicas y políticas, y por las desigualdades sistémicas. Politizan la rabia, la indignación y la envidia para presentar a las élites como servidores del imperialismo y del FMI en el Sur Global, o de la Troika formada por el Banco Central Europeo, la Comisión de la UE y el FMI en Europa.

## **La dinámica del populismo pars pro parte**

Los populistas no pretenden devolver el poder a toda la población. Tampoco apelan a la voluntad general de Rousseau. Pretenden dar poder solo a una parte de la población, a los excluidos que según el líder representan al pueblo justo y auténtico. La lógica del populismo excluye a los que no encajan en lo que el líder considera parte del pueblo.

## **Liderazgo populista**

Takis Papas (2019, p. 106) escribe que “el liderazgo extraordinario emerge, así como el predictor más importante para el desempeño exitoso general del populismo”. Del mismo modo, Urbinati (2019) sostiene que para que el populismo tenga éxito necesita de un líder, de lo contrario permanece al margen del sistema político. Un líder se construye como la personificación auténtica y veraz de quienes los líderes populistas consideran como el pueblo. La inclusión populista es con la condición de aceptar la guía del líder sabio.

Encarnar al pueblo significa que el líder hace gala de su ordinariedad actuando y hablando como la gente corriente. Al mismo tiempo, los líderes desempeñan su extraordinariedad por sus atributos físicos o mentales, sus éxitos en ámbitos no políticos y por su supuesta dedicación a trabajar por la rendición de su pueblo. Los líderes populistas están en el campo democrático en la medida en que el voto es su fuente de legitimidad y las elecciones pueden perderse. Sin embargo, simultáneamente, los líderes populistas que se construyen y se ven a sí mismos como redentores, consideran que llevan a cabo proyectos de transformación irreversible que no pueden ser limitados por las normas y procedimientos constitucionales. Si pierden el voto popular, alegan fraude porque el pueblo solo puede votar a sus avatares y no a sus enemigos.

## **Diferenciar los populismos**

No todos los populismos son iguales. Los populistas de derecha como Donald Trump o Jair Bolsonaro son nostálgicos, retrógrados, y sus proyectos apuntan a fortalecer la ley y el orden recortando derechos. En cambio, Hugo Chávez prometió mejorar la calidad de la participación democrática, e incluso creó el Socialismo del Siglo XXI como alternativa al neoliberalismo y al comunismo.

Hay que distinguir entre los populistas suaves y los radicales. Los primeros utilizan ocasionalmente discursos populistas. Lula da Silva, que no es un populista, por ejemplo, cuando estaba en conflicto con la oposición utilizaba estratégicamente un lenguaje populista del pueblo contra la oligarquía (Panizza, 2013). Los populistas ligeros son casi indistinguibles de otros políticos en las democracias de audiencia contemporáneas que apelan a la confianza en sus personas y utilizan los medios de comunicación para apelar directamente a los electores. Politizan los fallos de la democracia manteniéndose dentro del parámetro de las normas y procedimientos constitucionales existentes. Los populistas radicales, como Hugo Chávez, Rafael Correa o Donald Trump, pretenden romper las instituciones existentes polarizando la sociedad y el sistema político en dos bandos de enemigos y construyendo un líder como símbolo de todas las demandas de cambio y renovación. Cuando buscan el poder, los populistas radicales apelan a grupos que las élites desprecian o ignoran. Utilizan los mecanismos institucionales y la movilización de las masas para tratar de provocar el cambio utilizando palabras y actuaciones para conmocionar y perturbar los límites de lo permisible y enfrentarse a las convenciones. Una vez en el cargo, consideran que las normas, los procedimientos y las instituciones existentes limitan la voluntad del pueblo, que ellos dicen encarnar.

Los populistas que intentan llegar al poder, los populistas en el gobierno, y los regímenes populistas no son lo mismo (de la Torre, 2019). Cuando desafían el poder, los populistas politizan temas que otros políticos ignoran ver o no quieren abordar. Una vez en el cargo, siguen hojas de ruta similares para intentar concentrar el poder en la presidencia, cambiar las reglas electorales, crear nuevas constituciones, entrar en guerras con los medios de comunicación privados y pretender regular la sociedad civil. El éxito de los populistas a la hora de renovar las instituciones y los fundamentos normativos de la democracia depende del contexto en el que surjan. Las instituciones y organizaciones fuertes de la sociedad civil, y las corporaciones mediáticas sólidas en las que los profesionales tienen autonomía para ejercer el periodismo de investigación suelen limitar a los populistas. Cuando las instituciones y las normas están en crisis porque la democracia no da resultados, la desigualdad y la corrupción prosperan, los populistas en el poder cambian las constituciones, concentran el poder en la presidencia, controlan la esfera pública y las organizaciones de la sociedad civil. Los regímenes populistas combinan un compromiso democrático con las elecciones como única herramienta legítima para elegir y destituir a los políticos con una visión antidemocrática de los rivales políticos como enemigos, y del líder como la encarnación del pueblo por encima de las instituciones y las leyes.

### **Liderazgo carismático populista**

El carisma se ha utilizado para analizar el liderazgo populista, pero, como pocas excepciones (Burbano de Lara, 2019; de la Torre, 2021; Garrido, 2017; Pappas, 2019; Zúquete, 2007, 2008), las afinidades entre el carisma y el populismo rara vez se teorizan. El carisma es una relación social y no una posesión de un individuo, y “quién cuenta como carismático depende de la audiencia” (Grint, 2013, p. 198). Al estudiar el carisma, los retos consisten en no reducir a los seguidores a masas irracionales, ni el carisma a un atributo de un individuo. A continuación, se reconstruye la noción de carisma de Weber para analizar el liderazgo populista como una relación social. El vínculo social carismático suele abarcar la mayoría de las siguientes dimensiones.

## **La misión redentora del líder**

A diferencia de los líderes burocráticos racionales cuya legitimidad reside en su cargo, “el portador de carisma goza de lealtad y autoridad en virtud de una misión que se cree encarnada en él” (Weber, 1978, p. 1117). Los líderes carismáticos se convierten en arquetipos morales, figuras ejemplares que deben ser seguidas (Zúquete, 2007). El líder debe demostrar su carisma “a los ojos de sus adherentes” (Weber, 1978, p. 1112). Haber realizado un acto heroico suele demostrar su carisma. El fallido intento de golpe de Estado de Hugo Chávez en 1992 contra el presidente Carlos Andrés Pérez lo transformó en el símbolo de la lucha contra el corrupto establishment político neoliberal. Su boina roja militar se convirtió en un icono de rebeldía contra un sistema bipartidista fracasado, y muchos venezolanos empezaron a llevarla con orgullo.

A falta de una actuación heroica, los líderes y su círculo cercano de seguidores intentan mitificar sus logros y sus historias vitales. Pedro Zúquete (2007, p. 106) escribe que el círculo íntimo de Jean-Marie Le Pen trabajó como apóstoles para santificar su imagen. A los ojos de los militantes del Frente Nacional, Jean-Marie Le Pen aparecía “como un auténtico líder. La historia de su vida, su papel como fundador del partido y toda la campaña de odio percibida contra él refuerzan de forma espectacular sus credenciales de liderazgo [...] ofrecen un poderoso ejemplo a seguir y emular”.

Los líderes carismáticos populistas afirman proceder de orígenes humildes y ser como la gente corriente. Gracias a su esfuerzo, su inteligencia superior y su interés por servir a sus naciones y a sus pueblos transformaron su ordinariéz en extraordinariedad. Eva Perón era una niña ilegítima nacida en la provincia de Buenos Aires. Como muchos de sus contemporáneos, emigró a la ciudad y se convirtió en actriz de radio y cine antes de casarse con el General Juan Perón. Cuando fue primera dama (1946-1952), lució caros vestidos de diseñador y joyas mientras dedicaba su vida a servir a los pobres creando una fundación benéfica, abogando por el derecho al voto de las mujeres y pronunciando discursos incendiarios contra la oligarquía. Evita se transformó en la Mater Dolorosa de los descamisados, los trabajadores y los pobres, en una mujer extraordinaria e incluso en una santa.

Realizar a menudo actos comunes como compartir la comida con los pobres demuestra la singularidad de los políticos populistas. A diferencia de otros políticos de clase media de Filipinas que veían a los pobres como repugnantes y portadores de enfermedades, Joseph Estrada compartía comida con ellos. Su ordinariéz demostró su extraordinariedad (Garrido, 2017).

## **Carisma y mitos**

Los líderes carismáticos invocan y están vinculados a mitos. Algunos son de inspiración religiosa, otros seculares. La persona de Hugo Chávez simbolizó los mitos de Bolívar, el libertador de Venezuela y América Latina, y de Jesucristo, el Salvador. Su movimiento político, la nueva Constitución y Venezuela fueron rebautizados como “bolivarianos”. Sus seguidores le veían como el portador de los proyectos inacabados de Bolívar de liberación nacional y continental. Chávez comparó su liderazgo con el de Jesucristo y se refirió a este como “mi comandante en jefe” (Lindhom y Zúquete, 2010, p. 33). En 1999 afirmó que “el verdadero amor por los demás seres humanos se mide si se puede morir por los demás; y aquí estamos dispuestos a morir por los demás” (Torres, 2009, p. 230). Sus palabras proféticas de seguir el ejemplo de Jesús de dar su vida para liberar a su pueblo se manifestaron dramáticamente cuando Chávez comparó su agonía por el cáncer con la pasión de Cristo. Durante un servicio religioso transmitido por televisión durante la Semana Santa de 2012, rezó en voz alta:

Dame la vida [...] Cristo dame tu corona de espinas. Dámela que yo sangro. Dame tu cruz... Dame la vida porque todavía tengo que hacer cosas por este pueblo y por la patria. No me lleves. Dame tu cruz, tus espinas, tu sangre. Las llevaré, pero dame la vida. Cristo mi Señor. Amén. (de la Torre, 2019, p. 14)

Sus seguidores erigieron a Chávez en una figura de santo con poderes para sanar. En 1999, una anciana le agarró por el brazo para rogarle “Chávez ayúdame mi hijo tiene parálisis”. Un joven que lloraba lo detuvo en la puerta de la catedral de Caracas y le dijo: “Chávez ayúdame, tengo dos hijos que se están muriendo de hambre y no quiero convertirme en un delincuente, sálvame de este infierno” (Torres, 2009, p. 229). Tras su muerte, su sucesor, Nicolás Maduro, intentó consagrar a Chávez como santo laico. Chávez fue enterrado en un santuario recién construido, un panteón que “simboliza el renacimiento de la patria y la inconmensurable vida del Comandante Eterno”. Su féretro lleva la inscripción “Comandante Supremo de la Revolución Bolivariana”. Sobre su sarcófago, en el centro, hay un retrato de Bolívar el padre con imágenes de Chávez su hijo en sus lados derecho e izquierdo (González Trejo, 2017, p. 139-141).

Donald Trump triunfó en dos arenas míticas y casi religiosas del capitalismo estadounidense: el mundo de los negocios y el entretenimiento de masa. Desde el inicio de su campaña presidencial de 2016, se refirió a su propia extraordinariedad. “Necesitamos un líder verdaderamente grande ahora. Necesitamos un líder que haya escrito *The Art of the Deal* [...] Necesitamos a alguien que pueda tomar la marca de Estados Unidos y hacerla grande de nuevo”. El multimillonario Donald Trump hizo alarde de su riqueza; su nombre se convirtió en una marca de rascacielos, hoteles, campos de golf, casinos, filetes y otros productos de lujo; era dueño de la franquicia de Miss Universo; y con el programa de televisión *The Apprentice*, que presentó durante catorce temporadas, se convirtió en una celebridad mediática. Los asistentes a sus mítines decían a la etnógrafa Arlie Hochschild (2016, p. 226) que estaban asombrados de “estar en presencia de un hombre como él”.

### **Reuniones masivas y el carisma de la retórica**

Weber (1978, p. 1130) escribió que los discursos de campaña priorizan la retórica sobre el contenido y son “puramente emocionales”. La retórica “tiene el mismo sentido que los desfiles: imbuir a las masas de la noción del poder del partido y de la confianza en la victoria y, sobre todo, convencerlas de las virtudes carismáticas del líder”. Weber también diferenció entre los discursos científicos y los políticos, “la empresa del profeta está más cerca de la del líder popular (demagogos) o del publicista político que de la del profesor” (1978, p. 445).

Las reuniones de masas son los escenarios en los que el líder es reconocido y aclamado por los seguidores. En ellas se produce el reconocimiento a la autoridad “que es decisivo para la validez del carisma” (Weber, 1978, p. 242). Con la repetición de cantos, lemas y pancartas, las reuniones de masas pretenden crear identidades políticas o, al menos, diferenciar al grupo interno del externo. En estas reuniones la gente valida la autoridad del líder y crea vínculos horizontales de pertenencia al campo populista frente a una serie de enemigos. Por ejemplo, en los años 40 el líder colombiano Jorge Gaitán cerraba todos sus mítines gritando pueblo, y la multitud respondía “contra la oligarquía” (Braun, 1985, p. 103).

A pesar de los innovadores usos de la televisión para crear espectáculos mediáticos y de las redes sociales como Twitter, las campañas de Trump de 2016 y 2020 hicieron un amplio uso de los mítines masivos. Afirmó ser “el único hombre sin guitarra que puede llenar un estadio” (Wolf, 2021, p. 201). Sus mítines se asemejaban a eventos deportivos en

los que la gente se divertía esperando afuera a que empiece el evento, con un espectáculo unipersonal. Trump bailaba, hacía chistes, insultaba a los rivales y utilizaba la violencia para marcar las fronteras entre los suyos y los otros y para despertar pasiones de rabia. A menudo decía: “¿No es esto más divertido que un aburrido mitin normal?”.

El amor es vínculo entre el líder y los seguidores. Jean-Marie Le Pen se presentaba como el “patriota del amor”, y el Frente Nacional como una comunidad de amor. Donald Trump amaba a “los pobremente educados” entendidos como aquellos que trabajaban con sus manos y producen cosas tangibles (Berezin, 2017). Hugo Chávez siempre hablaba de lo mucho que amaba a su pueblo. En la campaña de 2009 para cambiar la Constitución con un referéndum que permitiera su reelección, se dieron las siguientes razones para votar por las propuestas de Chávez: “porque Chávez nos ama, y tenemos que corresponder a su amor; porque Chávez nos quiere y no nos hará daño; porque Chávez y nosotros somos uno” (Torres, 2009, p. 231).

La trilogía victimismo, resentimiento y redención caracterizan las narrativas populistas (Pappas, 2019, p. 114). El pueblo de Chávez, por ejemplo, fue víctima de los partidos políticos neoliberales que dieron prioridad a los dictados del FMI sobre el bienestar de sus ciudadanos. Politizó el resentimiento a la oligarquía, al imperio, a los políticos tradicionales y a los medios de comunicación burgueses. Mientras que las élites políticas neoliberales y sus compinches se convirtieron en los símbolos de la opresión, él se transformó en el redentor del pueblo.

### **El cuerpo del líder**

Weber (1978, p. 1112) escribió que los líderes carismáticos son “portadores de dones específicos del cuerpo y la mente que se consideraban ‘sobrenaturales’ (en el sentido de que no todo el mundo podía acceder a ellos)”. Los líderes reivindican su superioridad por sus poderes naturalmente dotados, por sus ideas revolucionarias o por su capacidad para convertirse en el centro del orden social. Parece ser que Hugo Chávez nunca durmió durante su largo mandato presidencial. Llamaba a asesores y ministros a cualquier hora de la noche, empezaba sus días muy temprano y terminaba tarde en la noche afirmando que siempre estaba trabajando para liderar al pueblo. Creó una nueva ideología política, el Socialismo del Siglo XXI, y pretendió explotarla a América Latina y al mundo entero. El cuerpo del líder es omnipresente. El sociólogo Juan José Sabreli (2008) explicó que durante siete años Eva Perón estuvo en todas partes. Su rostro estaba en millones de vallas publicitarias en las calles, la radio estatal emitía sus discursos a diario y tenía un papel destacado en los noticieros semanales que se proyectaban en todos los cines argentinos. Del mismo modo, Hugo Chávez y Rafael Correa en Ecuador pusieron sus imágenes y lemas en lugares visibles en las carreteras y ciudades. Utilizaron los mensajes obligatorios de televisión y radio para difundir constantemente sus mensajes y hacer ver sus cuerpos en los periódicos, la televisión y las redes sociales, ya que estaban constantemente en Twitter y Facebook. Tenían programas semanales de televisión y radio en los que Chávez hablaba unas seis horas y Correa alrededor de dos. Del mismo modo, la imagen de Donald Trump estaba en todas partes. Los periodistas y analistas discutían y analizaban constantemente su último tuit. La necesidad obsesiva de la televisión por la política como entretenimiento se unió a la necesidad compulsiva del populista de convertirse en un elemento permanente de la vida cotidiana de los ciudadanos.

El cuerpo del líder es un lugar de confrontación antagónica. Las sociedades latinoamericanas que sobrevaloraron los tonos de piel blanca se polarizaron por las discusiones sobre el color de la piel y los rasgos no blancos de algunos líderes populistas. A los venezolanos blancos y de la élite les repelía el cuerpo de Chávez, y especialmente la visibilidad de sus seguidores pobres y no blancos. Llamaron a Chávez mono y se

burlaron de la mala salud dental de sus seguidores. La chompa y el peinado de Evo Morales fueron discutidos en los medios de comunicación bolivarianos como no aptos para un jefe de Estado. Del mismo modo, la clase media filipina se centró en la persona de Joseph Estrada como objeto de toda una clase de “chistes de Erap” que tenían que ver con su supuesta poca inteligencia, sus infidelidades y su poca articulación (Garrido, 2017, p. 655). Como en un juego de espejos, los seguidores veían con buenos ojos lo que las élites consideraban afrentas y denigraciones para la sociedad decente. El comentario de Hillary Clinton de que los partidarios de Trump eran una “canasta de deplorables” resultó contraproducente y envalentonó la base de apoyo del millonario.

El líder ofrece su cuerpo para ser tocado por sus seguidores. Estrada, Trump, Chávez, Correa y Morales recorrieron constantemente sus naciones y conocieron, hablaron y se dejaron tocar por la gente común. Los populistas como Trump y Berlusconi alardeaban de sus hipermasculinidades. Reclamaban superioridad por sus éxitos en el mundo de los negocios y en la “conquista” de las mujeres. Joseph Estrada utilizó sus papeles cinematográficos como un personaje parecido a Robin Hood para reivindicarse como el benefactor de los pobres. Fernando Collor utilizó su éxito en el mundo del deporte. Juan Perón, Jean-Marie Le Pen y Hugo Chávez se presentaron como brillantes militares que sacrificaron sus carreras por sus naciones.

La imagen que comparten la mayoría de los líderes populistas en su pretensión de ser los padres de sus patrias. Getulio Vargas decía ser “el padre de los pobres”, en tanto que Lázaro Cárdenas era “tata Lázaro”. Durante sus campañas, Trump representó la imagen de un buen padre y se rodeó de sus hijos. Una vez en el cargo, nombró a su hija y a su yerno asesores políticos con acceso casi irrestricto a la Casa Blanca. Este patriarca millonario prometió reunir bajo su sabia tutela a todos aquellos que aceptaran su guía sin crítica alguna. La metáfora del padre “convierte a los ciudadanos en hijos permanentes. Torna a un político en alguien que comprende los intereses de los ciudadanos —incluso cuando estos no lo hacen— y que puede castigar a los hijos díscolos que no reconocen su sabiduría” (Kampwirth, 2010, p. 12). El trabajo de un padre nunca termina, y los populistas, desde Chávez y Morales hasta Trump intentaron mantenerse en el poder.

Las líderes populistas, a diferencia de los hombres, deben “lidiar con su propio género de maneras que ningún otro político masculino tiene que hacer” (Casullo, 2019, p. 65). Si elige la imagen de “madre y esposa, puede ser considerada demasiado blanda; si trata de aprovechar su buena apariencia, puede ser considerada poco seria o frívola; finalmente, si elige no utilizar un atractivo de género, va a ser considerada fría, inabordable y estridente” (p. 66). Sarah Palin y Cristina Kirchner combinaron las imágenes de la mujer pensante y la política fuerte con la feminidad glamurosa.

### **Identidades populistas**

El carisma, según Weber (1978, p. 1116), revoluciona a las personas desde dentro. Las identidades populistas generadas por los movimientos carismáticos pueden transformar las actitudes y visiones del mundo de los seguidores, o al menos del círculo íntimo de partidarios cercanos que Eatwell (2002) denomina carisma de camarilla. Ser peronista, chavista, militante del Frente Nacional o trumpista significa tener una visión de la política y la sociedad en la que todos los conflictos se dramatizan como enfrentamientos antagónicos entre dos bandos. Las identidades peronista y chavista perduraron en el tiempo porque estos movimientos institucionalizaron el carisma en partidos y organizaciones de la sociedad civil. La longevidad de los partidos populistas se explica por la organización e institucionalización (Heinisch y Mazzoleni, 2016).

Las organizaciones populistas fomentan las identidades, el sentido de comunidad y, en ocasiones, dan un propósito e incluso una misión a sus seguidores. Jean-Marie Le Pen sostenía que los militantes del Frente Nacional eran los “verdaderos libertadores de Francia” cuya misión es iluminar y unir a los que están en la oscuridad (Zúquete, 2007, p. 43). Desde su fundación, los militantes del Frente Nacional se consideran “los únicos que no han abandonado al pueblo, solo ellos han permanecido fieles a la mística nacional” (Lindholm y Zúquete, 2010, p. 75). El Frente y más tarde la Agrupación Nacional organizaron rituales para construir una comunidad militante de fervorosos. Entre ellos se encuentra el homenaje anual a Juana de Arco, la celebración de los colores de Francia, las escuelas de verano y las concentraciones y fiestas multitudinarias. Estos rituales refuerzan el sentimiento de pertenencia. Para sus militantes, el Frente es una comunidad de patriotas asediada por los enemigos de la patria. Desempeñan un papel clave en la movilización del voto y en la difusión de la ideología del partido. Su deber no es solo convencer, sino convertir. Jean-Marie Le Pen afirmaba que el militante “tenía que reclutar a otros que a su vez reclutan a otros para hacer una bola de nieve que acabe siendo mayoritaria” (Zúquete, 2007, p. 104).

Chávez utilizó símbolos nacionalistas y religiosos para presentar al pueblo de Venezuela como una comunidad de patriotas con la misión de liberar la patria. “Seamos como Cristo, seamos como Bolívar, despojémonos de todo, de cualquier ambición personal, y demos todo por esta revolución, por este pueblo, por este amor, por esta esperanza” (citado en Zúquete, 2008, p. 106). Lucía Michelutti (2017, p. 241) acuñó el término mini-Chávez para describir cómo los líderes locales de las organizaciones chavistas “replicaban y hacían rutina el carisma de Chávez interpelando su repertorio de parentesco divino (compuesto por palabras y programas de gobierno) a nivel local”. Los mini-Chávez estaban al frente de una sociedad civil bolivariana cuyos miembros se veían a sí mismos como sus hijos e hijas, una comunidad moral con el deber de apoyar la revolución y perpetuar su legado. “En su última aparición pública, el 8 de diciembre de 2012, Chávez dijo a la multitud: ‘Todos somos Chávez’” (Michelutti, 2017, p. 244).

### **Liderazgo en las democracias de audiencia**

El populismo surgió en Europa y Estados Unidos en el siglo XIX, pero los populistas llegaron al poder por primera vez en América Latina en los años 30 y 40. Crearon partidos personalistas e incluso cuando los líderes intentaron crear ideologías como el “justicialismo” de Perón, los caprichos del líder tuvieron prioridad sobre los proyectos o propuestas concretas.

Hasta los años 70, en la mayor parte de Occidente predominaban los partidos ideológicos de masas. Tenían “una base de masas que contribuye al funcionamiento del partido tanto financieramente como con su militancia política; una burocracia amplia y permanente; una estructura organizativa muy jerarquizada y centralizada; una presencia territorial capilar [...] y una orientación ideológica explícita y persistente” (Gerbaudo, 2019, p. 31). Bernard Manin sostuvo que la naturaleza de la representación cambió cuando los partidos de masas entraron en crisis. Acuñó el término democracia de audiencia para dar sentido a estos cambios. Bajo la democracia de audiencia hay una personalización de la representación, ya que el líder utiliza la televisión para buscar vínculos directos con los electores, las personalidades tienen prioridad sobre las plataformas y “los expertos en medios de comunicación ocupan el lugar de los activistas y burócratas del partido” (Manin, 1997, p. 220). Las metáforas del escenario y la audiencia explican mejor este nuevo tipo de representación democrática.

Han surgido dos tipos de partidos de la audiencia. El primero es el partido televisivo neoliberal que se asemeja a una empresa de marketing. Los burócratas a tiempo completo y los militantes de los partidos han sido sustituidos por expertos en marketing mediático y comunicación que apelan a los votantes como consumidores despolitizados. Las cualidades telegénicas de un líder tienen prioridad sobre las plataformas o las ideológicas. Un ejemplo de los partidos televisivos neoliberales es Silvio Berlusconi, el magnate de los medios de comunicación que dominó la política italiana como primer ministro en 1994, 2001-2006 y 2008-2011.

Como reacción a estas transformaciones, los ciudadanos exigieron una mayor participación directa sin mediaciones. Partidos digitales como el Movimiento Cinco Estrellas y Podemos adoptaron la lógica de plataforma de las redes sociales para buscar la participación directa de los ciudadanos. A pesar de sus promesas de utilizar la tecnología para aumentar la participación, los partidos digitales recurren a la democracia plebiscitaria, ya que los miembros ratifican la decisión de la dirección. En ausencia de las mediaciones de burócratas y militantes, el líder se convierte en la encarnación del partido.

En la democracia de audiencia, la mayoría de los políticos, incluidos los populistas ligeros, personalizan la política y utilizan ocasionalmente discursos populistas. A diferencia de estos, los populistas radicales hacen populismo en un grado diferente, ya que actúan como si tuvieran la misión de redimir a su pueblo. Como sus objetivos son colosales, no se sienten limitados por las instituciones y las normas. Correa, Chávez o Trump, tienen un sentido de urgencia para transformar el orden existente y crear uno nuevo que libere al pueblo. El liderazgo populista se basa en la personificación y la identificación, donde el líder es la única voz y la proyección de los ideales de los seguidores. No obstante, su liderazgo debe ser validado y reconocido en elecciones que, en teoría, podrían perderse.

Las instituciones suelen domesticar a los aspirantes a populistas radicales. Los líderes de Podemos, por ejemplo, renunciaron a sus propuestas más ambiciosas, inspiradas en las experiencias populistas de la izquierda latinoamericana, de convocar una Asamblea Constituyente para “refundar” todas las instituciones políticas. Organizaciones supranacionales como la Unión Europea frenaron las propuestas económicas de largo alcance de Syriza. Por el contrario, cuando todas las instituciones políticas estaban en crisis, como en Venezuela y Ecuador, Chávez y Correa se enfrentaron y fabricaron constantemente enemigos, promulgaron nuevas constituciones para concentrar el poder en sus manos, utilizaron las elecciones para marginar a las élites tradicionales y pusieron a sus compinches en el sistema de justicia y en las instituciones de rendición de cuentas.

## **Conclusiones**

Utilizando a los teóricos clásicos y contemporáneos, este artículo reconstruye el papel del líder en diferentes enfoques conceptuales del populismo. Coincide con los enfoques que consideran que un líder fuerte y/o carismático ayuda a mover a los populistas de los márgenes al centro de la política y a llegar al poder. El artículo sigue a Weber para analizar el liderazgo populista como un proceso social. Los líderes populistas tienen misiones, están vinculados a mitos nacionales religiosos o seculares y utilizan las reuniones de masas y los medios de comunicación para construir identidades, polarizando a la sociedad en amigos y enemigos. El cuerpo del líder se convierte en objeto de confrontación o de identificación. Los populistas imaginan al pueblo como un cuerpo homogéneo, pero a diferencia de los fascistas que suprimen las elecciones, la legitimidad populista radica en ganarlas en eventos presentados como batallas gigantescas entre las fuerzas de la opresión y la redención. En el populismo, las elecciones buscan renovar los vínculos emocionales, racionales y místicos entre el líder y los ciudadanos.

Los seguidores y los opositores dan diferentes significados a un líder. Por ejemplo, Trump para la gente de Fox News, es

un héroe con el ingenio empresarial para resolver problemas y los cojones para atravesar la forma habitual de hablar de los políticos y “decir las cosas como son”; para la multitud online de Make America Great Again, es un troll de primera que tiene una habilidad inigualable para agitar y atormentar a los liberales; para los militantes del alt-right es un nacionalista blanco; mientras que en cuanto a sus oponentes, para los espectadores de la MSNBC, es posiblemente la mayor amenaza a la que se ha enfrentado el proyecto republicano estadounidense, y para la izquierda online, es un símbolo de la decadencia de Estados Unidos y un profascista. (Ostiguy y Moffit, 2021, p. 65)

Este artículo ilustra que el liderazgo es una relación social y que todos los líderes, pero especialmente los que anteponen su personalidad a las plataformas y los partidos, deben ser reconocidos como tales. Escribiendo sobre el carisma, Weber (1978, p. 1114) anotaba: “la persona puede perder su carisma, puede sentirse ‘abandonado por su Dios’ como Jesús en la cruz, puede parecer a sus seguidores que ‘sus poderes le han abandonado’”. Para no sentirse repentinamente abandonado por sus electores, los líderes miden constantemente su popularidad con encuestas de opinión y entrevistas a grupos focales. Saben que su aprobación es volátil y prueban y realizan constantemente sus liderazgos para ser aceptados por sus electores. Las fluctuaciones de su popularidad y el hecho de que los electores no son observadores pasivos que delegan el poder después de una elección, aumenta la incertidumbre y refuerza los intentos de los líderes de ser percibidos como figuras excepcionales, e incluso de intentar fabricar su carisma. Sin embargo, no todos los líderes lo consiguen, y los electores no siempre reconocen su liderazgo y menos aún su carisma.

Este trabajo muestra que no todos los líderes fuertes son carismáticos. MacGregor Burns (1978, p. 37) diferenció los líderes fuertes que imponen autoridad y obediencia de los líderes transformadores que, al igual que los líderes carismáticos, tienen un efecto transformador en el líder y en los dirigidos. No todos los líderes carismáticos son populistas. José Figueres, por ejemplo, que fue presidente de Costa Rica en tres ocasiones (1948-1949, 1953-1958, 1970-1974) creó instituciones autónomas, y no construyó un partido personalista (Roniger, p. 2019). Barack Obama, aunque carismático, no puso su figura por encima de los procedimientos constitucionales, las normas, ni transformó a los rivales en enemigos.

La noción de carisma no es el anatema de la organización, y solo los populistas que construyeron organizaciones perduraron en el tiempo y se adaptaron a la sucesión de líderes. El Partido Peronista y el Frente Nacional que se convirtió en la Agrupación Nacional, cambiaron con éxito de líderes. Cuando los populistas no construyeron organizaciones en la sociedad civil ni partidos políticos, su movimiento desapareció cuando el líder falleció. El velasquismo dejó de existir tras la muerte de su caudillo José María Velasco Ibarra, que fue presidente del Ecuador cinco veces (1934-1935, 1944-1946, 1952-1956, 1960-1961, 1968-1972).

En estas líneas también se ilustra que no todos los populistas son iguales. Los de derechas y los de izquierdas difieren en cómo construyen el pueblo y sus enemigos con categorías étnicas o de clase y en si prometen más democracia o un retorno a un pasado imaginario de ley y orden. Los populistas ligeros suelen revitalizar la democracia planteando cuestiones que otros políticos ignoran, o politizando a los ciudadanos

apáticos o desvinculados mientras aceptan las normas y procedimientos constitucionales existentes. Los populistas radicales, como Hugo Chávez, Juan Perón, Donald Trump o Rafael Correa, practican el populismo para deslegitimar las instituciones, las normas y los procedimientos democráticos existentes con el objetivo de construir un tipo de sistema político diferente. Las instituciones, las instituciones supranacionales y las culturas políticas podrían domesticar a los aspirantes a populistas radicales, como ilustran los ejemplos de Pablo Iglesias de Podemos y Alexis Tsipras de Syriza, que acabaron formando parte del establishment. Aunque Trump atacó la legitimidad de las instituciones democráticas, no pudo destruirlas. Cuando las instituciones son débiles, prevalece la polarización y los líderes pueden demostrar su carisma en el cargo resolviendo crisis agudas, y actúan como populistas robustos fabricando enemigos constantemente, polarizando la sociedad y afirmando que solo ellos pueden redimir a sus naciones. En consecuencia, deslegitiman las normas y los procedimientos constitucionales, transforman la política de enfrentamientos entre dos bandos antagónicos, politizan toda la interacción social y construyen un líder redentor. Sus rivales responden polarizando la sociedad en la lucha entre dos bandos antagónicos, y en nombre de la democracia suelen intentar destituir a los populistas incluso utilizando golpes militares como en Venezuela 2002, Tailandia 2006 y 2014, Turquía en 2016, o Bolivia 2019 (de la Torre y Srisa-Nga, 2021, p. 120-127).

Mientras las elecciones determinen quién llega al poder legítimamente, los regímenes híbridos populistas se mantienen en el campo democrático. Sin embargo, bajo estos regímenes el poder se concentra en la presidencia, las instituciones de rendición de cuentas horizontal y social se debilitan, los rivales democráticos se convierten en enemigos y la convivencia democrática se sustituye por luchas entre ciudadanos excesivamente politizados y polarizados. Los regímenes híbridos populistas podrían evolucionar hacia la dictadura o podría restablecerse la democracia, pero el legado histórico de los populistas en el poder y como regímenes ha sido la polarización y erosiones democráticas.

## Referencias bibliográficas

- Barr, R. (2019). Populism as a Political Strategy. En C. de la Torre (Ed.), *The Routledge International Handbook of Global Populism* (pp. 44-57). New York: Routledge.
- Berezin, M. (2017). On the construction sites of history: Where did Donald Trump come from??. *American Journal of Cultural Sociology* 5 (3), 322-337.
- Bickerton, C., y Invernizzi Accetti, C. (2017). Populism and Technocracy. En C. Rovira Kaltwasser (Ed.), *The Oxford Handbook of Populism* (pp. 326-342). Oxford: Oxford University Press.
- Bonikowski, B. (2016). Three Lessons of Contemporary Populism in Europe and the United States. *The Brown Journal of World Affairs* XXIII (1), 9-25.
- Braun, H. (1985). *The Routledge International Handbook of Global Populism*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Burbano de Lara, F. (2019). Populist waves in Latin America: continuities, waves, and ruptures. En C. de la Torre (Ed.), *The Routledge International Handbook of Global Populism* (pp. 435-451). New York: Routledge.
- Diehl, P. (2017). The Body in Populism. En H. Reinhard (Ed.), *Political Populism a Handbook* (pp. 361-373). Munich: Nomos.
- Eatwell, R. (2002). Charisma? The Cases of Jean Marie Le Pen and Vladimir Zhirivnovsky. *Totalitarian Movements and Political Religion* 3 (3), 1-23.
- Garrido, M. (2017). Why the Poor Support Populism: The Politics of Sincerity in Metro Manila. *American Journal of Sociology* 123 (3), 647-685.
- Gerbaudo, P. (2019). *The Digital Party. Political Organization and Online Democracy*. London: Pluto Press.
- Germani, G. (1971). *Política y Sociedad en una Época de Transición*. Buenos Aires: Paidós.
- . (1978). *Authoritarianism, Fascism, and National Populism*. New Brunswick: Transaction Press.
- Gerths, H. (1940). The Nazi Party: Its Leadership and Composition. *American Journal of Sociology* 45 (4), 517-541.
- González Trejo, M. (2017). Pueblo y democracia en el populismo venezolano. [No publicado] Disertación de Ph.D Universidad Autónoma de Madrid.
- Grint, K. (2014). Social Constructionist Analysis. En R.A.W. Rhodes (Ed.), *The Oxford Handbook of Political Leadership*. DOI: 10.1093/oxfordhb/9780199653881.013.012.
- Heinisch, R., y Mazzoleni, O. (2016). *Understanding Populist Party Organization. The Radical Right in Western Europe*. London: Palgrave.
- Hochschild, A. (2016). *Strangers in Their Own Land. A Journey to the Heart of Our Political Divide*. New York: The New Press.
- Kampwirth, K. (2010). Introduction. En K. Kampwirth (Ed.), *Gender and Populism in Latin America* (pp. 1-25). University Park: The University of Pennsylvania Press.
- Laclau, E. (1977). *Politics and Ideology in Marxist Theory*. London: Verso.
- . (2005). *On Populist Reason*. London: Verso.
- Lindholm, C., y Zúquete, P. (2010). *The Struggle for the World. Liberation Movements for the 21st Century*. Stanford: Stanford University Press.
- Manin, B. (1977). *The Principles of Representative Government*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MacGregor Burns, G. (1978). *Leadership*. New York: Open Road Integrated Media.
- Moffitt, B. (2016). *The Global Rise of Populism. Performance, Political Style, Representation*. Stanford: Stanford University Press.

- Michelutti, L. (2017). We are all Chávez. Charisma as an embodied experience. *Latin American Perspectives* 44 (1), 232-250.
- Mudde, C. (2004). The Populist Zeitgeist. *Government and Opposition*, vol. 3, 4: 541-563.
- Mudde, C., y Rovira Kaltwasser, C. (2012). *Populism in Europe and the Americas*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Murmis, M., y Portantiero, J.C. (1971). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ostiguy, P. (2017). Populism. A Socio-Cultural Approach. En C. Rovira Kaltwasser (Eds.), *The Oxford Handbook of Populism* (pp. 73-97). Oxford: Oxford University Press.
- Ostiguy, P., y Moffit, B. (2021). Who Would Identify With An “Empty Signifier”? The Relational, Performative Approach to Populism. En P. Ostiguy (Ed.), *Populism in Global Perspective. A Performative and Discursive Approach* (pp. 47-73). London: Routledge.
- Panizza, F. (2013). What do we mean when we talk about populism. En C. de la Torre (Ed.), *Latin American Populism in the Twenty-First Century* (85-117). Baltimore / Washington: The Johns Hopkins University Press / The Woodrow Wilson Centre Press.
- Parsons T. (1942a). Max Weber and the Contemporary Political Crisis: I. The Sociological Analysis of Power and Authority Structures. *The Review of Politics* 4 (1), 61-76.
- . (1942b). Some Sociological Aspects of the Fascist Movements. *Social Forces* 21 (2) 138-147.
- . (1955). Social Strains in America. En D. Bell (Ed.), *The New American Right* (pp. 117-141). New York: Criterion Books.
- Pappas, T. (2019). *Populism and Liberal Democracy. A Comparative and Theoretical Analysis*. Oxford: Oxford University Press.
- Roniger, L. (2019). The missing piece in global populism: the role populism played in Central America. En C. de la Torre (Ed.), *The Routledge International Handbook of Global Populism* (pp. 451-467). New York: Routledge.
- Sebreli, J. (2008). *Comediantes y mártires. Ensayos contra los mitos*. Buenos Aires: Debate.
- Torre, C. de la (1993). *La seducción velasquista*. Quito: FLACSO / Libri-Mundi.
- . (2013). El tecnopopulismo de Rafael Correa. Es compatible el carisma con la tecnocracia. *Latin American Research Review* 48 (1), 24-43.
- . (2019). Global Populism: Histories, trajectories, problems, and challenges. En C. de la Torre (Ed.), *The Routledge International Handbook of Global Populism* (pp. 1-29). New York: Routledge.
- . (2021). Charisma in Latin American Politics. En J. P. Zúquete (Ed.), *The Routledge International Handbook of Charisma* (pp. 115-127). New York: Routledge.
- Torre, C. de la, y Srisa-Nga, T. (2021). *Global Populisms*. New York: Routledge.
- Torres, A. (2009). *La herencia de la tribu. Del mito de la independencia a la Revolución Bolivariana*. Caracas: ALFA.
- Urbinati, N. (2019). *Me the People. How Populism Transforms Democracy*.
- Weber, M. (1978). *Economy and Society*, edited by Guenther Roth and Claus Wittich, Berkeley: University of California Press.
- Weyland, K. (2001). Clarifying a Contested Concept. *Comparative Politics*, vol. 34 (1): 1-22.
- . (2017). Populism: A Political Strategic Approach. En C. Rovira Kaltwasser (Ed.), *The Oxford Handbook of Populism* (pp. 48-73). Oxford: Oxford University Press.

- Wolff, M. (2021). *Landslide. The Final Days of the Trump. Presidency*. New York: Henry Holt and Company.
- Zúquete, J. P. (2007). *Missionary Politics in Contemporary Europe*. Syracuse: Syracuse University Press.
- . (2008). The Missionary Politics of Hugo Chavez. *Latin American Politics and Society* 50 (1): 91-122.